

cresta de las olas, Homero con el espectáculo grandioso de hombres y dioses lanzados a la lucha en aquella guerra encendida por los ojos de la divina Helena.

¿Qué resulta de esta doble disciplina?

Que educado en la escuela severa del trabajo y en el libre juego de sus facultades imaginativas, el inglés se abrirá paso en la vida a empujones y codazos, sin cuidarse poco o mucho de los que deja a su lado; no rendirá culto a la frívola galantería extendiendo su capa al paso de una dama; pero, tripulante del vapor Titanic, frente a frente al abismo del mar y de la muerte, ese mismo inglés, que quizás nunca malgastó un segundo en los «après-vous» etiquetercs, cederá su plaza del bote de salvamento a la más humilde de las mujeres, al más desdichado de los niños, mientras él espera tranquilo el último trance cantando con unción: «Más cerca de tí, Dios mío.»

Se puede, entonces, ser hombre práctico e idealista a un mismo tiempo, y es para mí tan incompleto el individuo ungido sólo a las tareas que dan provecho material inmediato, como el lírico incorregible que no toca fondo en las realidades del mundo sino cuando lo ahogan las necesidades de la vida.

El arte, o, más concretamente, la poesía, no ha de matar los gérmenes de laboriosidad, no ha de cegar las fuentes de energía dinámica del joven estudiante según nos lo asegura la prevención del vulgo. (1) Dentro

---

(1) «Adviértase que llamo vulgo a muchos que visten clámide». Séneca. *De vita beata*.